

WOLFRAM AICHINGER

UN JOSEF K. EN LA CORTE DE FELIPE IV. EL DIARIO DEL MARQUÉS DE OSERA¹

Notas acerca de la edición de Santiago Martínez Hernández

Universidad de Viena, Austria

wolfram.aichinger@univie.ac.at

Un suplicante se presenta en casa de un juez, un consejero, un poderoso, alguien que cree capaz de ayudarle. Pero no le dejan pasar: el señor está comiendo, está enfermo y guardando cama, ha tenido que ser sangrado, no puede recibir a nadie. Luego el suplicante topa con otro que le escucha, pero no queda claro por su reacción y respuesta lo que piensa sobre el asunto. Al pasar luego por una secretaría de palacio le parece al solicitante que otro que pasa por allí le ha dirigido una mirada que revela malas intenciones. Otro sí le escucha, le da ánimos – si de él dependiera... – pero ya sabe, el señor Inquisidor, también implicado en el asunto, es muy puntilloso y quiere estudiar todos los detalles antes de inclinarse hacia un lado u otro. Otro es colérico, otro desabrido, pero hay unas señoras de quienes se podría esperar socorro. Son parientes y tienen influencia sobre los que van a tomar cartas en el asunto. Pero hoy no puede ser porque ha parido la Reina y conviene besarle la mano y dar el parabién.

Tenemos, pues, a un hombre solo – o que se siente solo y desamparado en muchas ocasiones – en medio de un ambiente hostil y enigmático, cuyos mecanismos secretos se afana por comprender, en medio de redes de personajes, familias, clanes, bandos y partidos que pueden influir en su destino, pero dejan en suspenso sus planes e intenciones. Atrapado en secretarías y antecámaras, expuesto a un campo de fuerzas complejísimo, metido en un laberinto y sin hilo que lo pueda sacar. Busca la ayuda de mujeres, sin saber si esta ayuda le será de provecho. El adversario es poderoso y

¹ Revisado por María Ortega.

tiene buenos padrinos en la corte, actuando simultáneamente y no se sabe dónde. Ni si quiera la posada le ofrece comodidad al peticionario, que es forastero en la corte. La viuda hostelera no quiere hombres en su casa que pudieran buscar amores y vivir inquietos.

Hay muchos detalles, hay una atmósfera general – paranoica y opresiva – en todo esto que hace pensar en la gran novela de Franz Kafka, en Josef K. en la señora Grubach, que no ve con buenos ojos los extraños sucesos que se dan en su casa a raíz del pleito en que han involucrado a su huésped.

Cierto, los paralelos tienen su límite y conviene salvar las distancias: el marqués de Osera no obra en interés propio. Ha venido a la corte para liberar a su hermano de la cárcel. Este, soldado, aventurero, donjuán, está preso en Barcelona, por causa de un estupro, por una promesa de matrimonio no cumplida, por haber hecho afrenta a la honra de una doncella, sin haber tenido en cuenta las consecuencias que esto puede acarrear si hay una poderosa familia vigilando por el buen nombre de la joven y de toda la familia, y si la corte de Madrid, a raíz de la coyuntura política, no quiere mayores enfrentamientos con los catalanes.

Además, ya no corren los tiempos en que el joven Rey, animado por el conde duque, se revolcaba en todas las camas de la corte. Envejecido, enfermo, melancólico, puesto a raya por sus confesores y sor María de Jesús de Águeda – con quien se cartea y cuyas amonestaciones se toma muy en serio –, el Rey se está volviendo cada vez más pío y riguroso en sus preceptos morales. Apoyan esta línea algunos de los hombres más influyentes de la corte, entre ellos el marqués de Aitona, quien sustenta su autoridad en su reputación de santo. Todo este bando de piadosos está muy dispuesto a dar oídos a una madre y unos deudos que piden reparación del acto cometido por un don Juan aragonés.

El diario del marqués de Osera avanza con una lentitud exasperante: hojas y más hojas que dan fe de visitas, conversaciones, peticiones, encuentros fortuitos, de muchos trabajos y afanes que no dan fruto o cuya utilidad permanece incierta. Dejan a nuestro Josef K del siglo de Oro en un estado melancólico, abatido, enfermo. Sin embargo, está condenado a proseguir en la humillante farsa de la adulación, del soborno, de la incesante obligación de ganarse el favor de cualquiera susceptible de ayudar. No debe rendirse ante los contratiempos, la brusquedad y la cólera de los grandes, entre los cuales despunta la irascible figura del duque de Medina de las Torres. Un abismo de absurdidades y de empeños que no llevan a ninguna parte y dejan al personaje principal devorado por una maquinaria implacable.

No hace falta dar más detalles; la excelente edición de Santiago Martínez Hernández los da todos y su introducción explica los pormenores del caso en el contexto de la década de los años 1650.

Francisco Ayala, allá por los años 40 del siglo XX, inventó un personaje, un tal indio Gonzalo, que llega a la corte al cabo de un largo viaje que se inicia en las alturas de los Andes peruanos. Gasta su interminable paciencia en los corredores, patios, despachos, confesonarios de Madrid, sin que nunca quede claro el objeto de tanta labor. Da razón de estas vivencias en un extensísimo diario que el autor del relato finge comentar. Asombran en igual medida la lentitud, petulancia, arbitrariedad y autosuficiencia de la burocracia cortesana como la pedantería del cronista ficticio que no se cansa de consignar los más nimios detalles de su odisea cortesana. La aventura se cierra con una brevísima entrada en el cuarto del joven rey Carlos II – conseguida gracias a la intervención no del todo desinteresada de una enana que a cambio recibe una joya – , benévolo pero pronto distraído por un mono que le salta al hombro. Las calzas de seda que viste el Rey desprenden un fuerte olor a orina. Borges calificó a esta invención de Francisco Ayala, incluida en la colección de cuentos *Los usurpadores*, como uno de los mejores cuentos del siglo XX.

Guarda parecido con otro testimonio de la segunda mitad del siglo XVII, a saber, el diario del embajador de Alemania, Franz Eusebius de Pötting, quien consigna las rutinas y fiestas de los cortesanos de la época.

Estos textos son repetitivos, lentos, habrá quien probablemente los tachará de aburridos en muchos de sus pasajes. Parece que nunca pasa nada, o muy pocas veces.

Es una impresión errónea porque las rutinas más de una vez son interrumpidas por golpes que parecen caer de manera más brutal que en nuestros tiempos: muertes repentinas, nacimientos de niños que mueren a las pocas horas, muertes de sobreparto... o tan solo un “fiero” dolor de muelas.

Aunque faltaran estos momentos dramáticos serían testimonios muy dignos de ser leídos: nos transmiten los micro mecanismos de la vida social, los gestos, las miradas, las acciones supuestamente triviales pero cargadas de simbolismo (visitar a una parturienta, por ejemplo) que configuran el complejo tejido de la vida cortesana que en su conjunto producen amistades, lealtades, alianzas o actos violentos.

Si no bastaran estas razones se podría añadir otra más: por su ritmo, por su sucesión de palabras y hechos, estos textos nos ponen en contacto con una dimensión de la vida social irremisiblemente perdida y que no se presta a una fácil reconstrucción histórica. Me refiero a la percepción del tiempo, a la manera en que los hombres y las mujeres del Siglo de Oro vivían dentro de su tiempo, a cómo sincronizaron y orquestaron sus actos sociales, a cómo percibían sus duraciones, repeticiones, los respectivos pasados y presentes que se erigen alrededor de todo presente. No es poca cosa si se tiene en cuenta que, al fin y al cabo, todo depende de ello. Sin comprender los ritmos a los que vive sometida una comunidad no se pueden entender sus proyectos, aspiraciones, su interpretación del mundo. No se puede captar esta

dimensión mediante la extracción de datos de interés temático, solo se puede vislumbrar y sentir mediante una lectura dispuesta a entrar en el tiempo sellado en las palabras y frases, a evocar todos los aburrimientos y sobresaltos de los seres humanos que tuvieron que aguantar su siglo de oro.

BIBLIOGRAFÍA

Francisco Ayala, *Los usurpadores*, Madrid, Alianza Editorial, 2009 [Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1949].

Santiago Martínez Hernández, *Escribir la corte de Felipe IV. El diario del marqués de Osera, 1657-1659*, ed. crítica, estudio introductorio y notas S. Martínez Hernández, transcripción Felipe Vidales del Castillo, Roberto Quirós Rosado, Santiago Martínez Hernández, Madrid, Doce Calles en coedición con el CEEH y la Fundación Cultural de la Nobleza Española, 2013.

Miguel Nieto Nuño (ed.), *Diario del conde de Pötting, embajador del Sacro Imperio en Madrid, 1664-1674*, Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1990-1993, 2 tomos.